

Rafael Martínez de Zurgai

Los criados del rey/ tienen un jergón/ bien
sacudido/ por lecho.

Yo./ lana de ese jergón golpeado,/ me
siento dolorido/ y no puedo conciliar el
sueño.

Me preocupa/ hasta la exasperación/ el
destino/ de mi Pueblo./ Los remos/ están
rotos/ y los barcos/ agrietados.

Bajé a mi existencia como al mar profundo.
Soterrados pueblos exudaban ámbar
donde vividas imágenes de mi niñez
se asían a lo eterno,
olorosas aún.

Rodé de anillo en anillo
como gusano que taladra el añejo árbol en busca de su corazón,
cada vez más leñoso,
cada vez más sin vida.
Y vi que su túnel era vaso comunicante entre distintos mundos,
entre desconocidos olores perdidos en la edad de las siestas.

Las canciones se revelaban:
desgranaban su aceite antiguo,
recubriendo mis ojos,
ocultando el presente.

Mi vida latía sumida en su amargo gusto,
libando su pegajoso fluido de miel
latía.

La oigo, la siento latir
sedimentada en el fondo del mar.

Tacto su resina latente. Beso su fósil residual.
Observo absorto en su ámbar,
en un instante, recogida mi historia.

Asumo la dura labor de mi sombra
que desenmarañando mi esencia
trasvasa la madeja de mi cuerpo
ovillando su ovillo,
ovillando mi ovillo.

Y sé que será para recordar que no hay principio,
que seguiré construyendo mi pasado.
Indagando en todo ello para saber
que sé que soy sin conciencia
la ineludible labor de mi sombra.

¿No ves/ que en la palabra subyace/ la
obra más grandiosa del hombre?/ Has lle-
gado hasta mí./ No estás entre mis bra-
zos,/ pero sí en mis entrañas.